

*El código
secreto de Dios*

Obra original de: **Gonzalo Peña Castellot**

El código secreto de Dios
Gonzalo Peña

El mundo no está en peligro por las malas personas,
sino por aquellas que permiten la maldad.

Albert Einstein.

El código secreto de Dios
Gonzalo Peña

Prólogo

Tunguska, Siberia Central
23 de febrero de 1945

Vassilli Kovalyov se levantó muy temprano, con las primeras luces del alba, como cada día desde hacía ya muchísimos años. Por delante tenía un duro día de trabajo, como siempre desde que estaba sólo. Su mujer había muerto hacía ya más de diez años, y sus hijos ya no estaban con él. Lejos quedaban los ecos de la maldita guerra, una guerra cuyo frente de batalla estaba a más de 5.000 kilómetros de allí, y en la que le daba igual quien ganara. Lo único que quería es que acabara de una vez para que volviera a casa su hijo Alexei, el único que le quedaba con vida, al menos que él supiera. El mayor, Igor, hacía ya bastantes años que se había ido de allí. Se alistó en el ejército antes de que empezara la guerra, y fue de los primeros en morir en ella. Su regimiento estaba emplazado muy cerca de la frontera con Alemania, en lo que hacía no mucho había sido la parte más oriental de Polonia. Al igual que la gran mayoría de las numerosas tropas que formaban parte de la primera línea de defensa de la *Madre Patria*, su unidad se encontraba totalmente desprevenida cuando se desató la furia de las tropas de Hitler contra su país. La operación *Barbarroja*, iniciada la madrugada del 22 de junio de 1941 y con un frente de más de 1.600 kilómetros, cogió por sorpresa a los mandos del ejército rojo a pesar de los innumerables informes de la inteligencia soviética que alertaban de la inminencia de la invasión. En pocos días los alemanes avanzaron cientos de kilómetros apoyados por sus experimentadas tropas blindadas, haciendo gala de un nuevo estilo de guerra relámpago, la *blitzkrieg*, que ya habían ensayado con éxito en las anteriores invasiones de Polonia y Francia al principio de la guerra. Aquello produjo numerosos embolsamientos de tropas soviéticas, provocando entre ellas grandes bajas, tanto entre muertos y heridos como de prisioneros. Igor fue uno de los primeros en morir, sin apenas tener oportunidad de disparar un solo tiro. Fue un duro golpe para su

padre, no tanto ya por la muerte en sí, que por supuesto fue demoledora para él, sino porque aquello provocó el reclutamiento voluntario de sus otros dos hijos, Yevgeny y Alexei. El primero de ellos, Yevgeny, que era el mediano de los tres hijos, murió en Stalingrado en enero de 1943, poco antes de que finalmente las tropas alemanas fueran rodeadas y totalmente aniquiladas por los ejércitos soviéticos. Ese fue el comienzo del fin del Tercer Reich, pero eso le daba igual a Vassili. Para él supuso la muerte del segundo de sus hijos, enviado al frente como si de un matadero se tratase, obligado a combatir sin ni siquiera tener un rifle a la espera de que algún *camarada* cayera y dejara el suyo libre. El *carnicero* Stalin ganó la batalla, pero se ganó la enemistad del humilde Vassili, que perdió las pocas esperanzas que tenía en el régimen soviético. De su tercer hijo, Alexei, no sabía nada desde hacía ya más de tres meses; la última carta que recibió de él le situaba en el frente del Vístula, a las puertas del territorio alemán. Estaba integrado en el 85 regimiento de carros pesados del tercer ejército de choque del Coronel General Kutznetsov perteneciente al primer frente bielorruso del Mariscal Zhukov, y formaba parte como suboficial de la tripulación de un carro de combate, un temible Iosif Stalin 2 del que era el artillero, capaz de hacer frente a los mayores y mejores tanques alemanes. Eso le hacía menos vulnerable a los proyectiles enemigos, aunque los combates con los cada vez más escasos panzers alemanes eran más terribles y violentos a medida que se iban acercando a suelo alemán. Pero Vassili ya había aprendido a no pensar en ello, era la única manera de no volverse loco. Se limitaba a hacer su trabajo, eso sí, sin perder la esperanza de volver a ver algún día a su hijo Alexei.

Aquella mañana, después de desayunar y ensillar su caballo, Vassili se dispuso a emprender su camino hacia el interior del bosque en el que estaba trabajando las últimas semanas. Era leñador, un trabajo duro para unos tiempos duros. Se sentía seguro en la espesura de aquel inmenso bosque, ajeno a una guerra que le quedaba tan lejana, y en la que había perdido tanto ya. Sin embargo el destino a veces es caprichoso, y le tenía deparado una última sorpresa más. Acababa de entrar en un pequeño claro del bosque, en el que pudo apreciar los primeros rayos del sol. Era un día claro, sin apenas nubes,

lo que ayudaría a que la temperatura fuera algo menos fría. De repente un tremendo estruendo hizo temblar la tierra bajo las patas de su caballo, lo que le hizo caer y darse de bruces contra el suelo. En cuanto se reincorporó miró al cielo y enseguida una tremenda luz blanca se apoderó de todo el lugar, cegándolo por completo. Ya nunca más volvió a ver nada. Una devastación total arrasó todo aquel lugar. Árboles, animales y por supuesto el propio Vassili, dejaron de existir en menos de un segundo.

El destino es caprichoso, sí, o al menos lo fue para el pobre Vassili, que nunca pudo enterarse de cómo su hijo Alexei, apenas dos meses después, se hizo famoso por poner una bandera soviética en lo más alto del Reichstag Alemán, poniendo fin a la batalla de Berlín y, con ella, a la Segunda Guerra Mundial en Europa unos pocos días después.

El código secreto de Dios
Gonzalo Peña

PRIMERA PARTE



1

ⅈ

Jerusalén

Año 70 después de Cristo

Las murallas de Jerusalén estaban a punto de ceder, después de meses de asedio por parte de los más de 60.000 hombres que conformaban las cuatro legiones romanas de Tito, hijo del recién nombrado emperador Vespasiano. El hambre y las enfermedades se cebaban sobre una población, tanto de civiles como de militares, que acusaban el terrible sitio del que estaban siendo objeto, mientras los romanos, conscientes de ello, impedían la salida de civiles de la ciudad para ejercer una mayor presión y provocar una rendición sin condiciones.

Todo había comenzado hacía ya cuatro años, con la que posteriormente sería conocida como la primera guerra judeo-romana. Habían pasado ya 60 años desde que Judea se había convertido en una provincia del Imperio Romano, lo que sin duda provocó numerosas tensiones religiosas además del perjuicio económico que las gentes de Judea sufrían en forma de una doble carga impositiva. Ello provocó la aparición de un movimiento revolucionario proclive a la expulsión de los romanos, los *zelotes*, con Judas *el Galileo* como cabecilla. Pero curiosamente la mecha que prendió la revuelta tuvo como protagonista a la población griega de la ciudad. Éstos provocaron un linchamiento público en un barrio judío, ante la pasividad y connivencia de la autoridad romana. Ello, unido a un supuesto robo de parte del Tesoro del Templo, provocó que Eleazar ben Ananías, el hijo del *Sumo Sacerdote* del Templo, cesara los rezos y sacrificios en honor al emperador romano y mandara atacar por sorpresa a la guarnición romana de la ciudad, que poco pudo hacer para defenderse. Pronto los romanos intentaron poner orden mandando tropas desde la ciudad de Acre, pero fueron repelidas y obligadas a retirarse, dejando atrás a

más de 6.000 muertos. Ahora, con las legiones *Macedónica*, *Fulminata* y *Apollinaris* rodeando la ciudad por el lado occidental, y la *Fretensis* por el oriental, era cuestión de días que la ciudad cayera y tuviera que hacer frente a la ira romana. Todo estaba perdido, por tanto, así que no había tiempo que perder; el Tesoro del Templo debía ponerse a salvo a toda costa para evitar que cayera en manos romanas. Se trataba de una tarea muy complicada, dado que el asedio romano impedía cualquier salida de la ciudad. Sin embargo de lo que los romanos no eran conscientes era de la existencia de una red de túneles que atravesaban Jerusalén de lado a lado, y en concreto de uno de ellos que aprovechaba el cauce subterráneo de un manantial de agua que surtía a la ciudad. Era de vital importancia que dicho manantial siguiera siendo desconocido por los romanos, puesto que de lo contrario podrían cortar el vital suministro de agua dulce del que dependía la ciudad entera. Por ello la misión del traslado del tesoro, iniciada hacía ya varias semanas, fue encomendada a un pequeño grupo de la facción de élite de los zelotes, los *sicarios*. Famosos y temidos por su especial virulencia, en esta ocasión su misión era radicalmente distinta a la que estaban habituados, aunque no por ello era menos importante. Cuando finalmente hubieron completado el traslado a un lugar seguro, que juraron no contar nunca a nadie, informaron a su superior, Simón Bar Giora, el comandante edomita de los *sicarios*.

—Señor, el traslado se ha completado con éxito, tal y como ordenasteis.

—Bien hecho Juan. Tú y Amfikalles quedaos. Los demás —dijo Simón dirigiéndose al resto de hombres que habían participado en el traslado del tesoro—, podéis retiraros. Estos soldados os guiarán para que os podáis asear, comer algo y descansar. Os lo habéis ganado. Nebedeo —se dirigió esta vez a su asistente personal—, avisa a Zacarías, que venga inmediatamente.

Cuando finalmente se quedaron a solas los tres hombres, Simón se dirigió de nuevo a sus dos subordinados.

—Habéis hecho un buen trabajo, y os felicito por ello, pero debo encomendaros una misión más, la última que os doy.

—Señor, puede contar con nosotros para lo que sea —contestó Amfikalles adelantándose a su compañero.

—Veréis, todo está perdido, como bien sabéis. No hay nada ya que impida la entrada de los romanos en la ciudad, es cuestión de días. El Tesoro del Templo está a salvo gracias a vosotros, pero aún queda una cosa. Es necesario que no se pierda la huella de su existencia, de su paradero actual. Todos los que estamos aquí moriremos en pocos días, pero el paradero del tesoro no se debe perder con nosotros. Algún día echaremos a los romanos de nuestra tierra para siempre, y ese día el Tesoro del Templo volverá al lugar del que nunca debió haber salido. Ese día será dentro de pocos años o quizás de varias generaciones, pero debemos estar preparados. Por eso hemos ideado un sistema que nos sirva para conseguir este propósito. Un sistema que permita no perder la pista del paradero actual del Tesoro del Templo, pero que evite a la vez que dicho paradero pueda llegar a ser conocido alguna vez por los romanos.

En ese mismo instante Zacarías pedía permiso para entrar en la habitación, portando en sus manos dos rollos de pergamino.

—Adelante Zacarías, pasa —comentó Simón—. Les estaba poniendo al corriente de la situación. Les decía que nos encontramos ante el reto de ser capaces de salvaguardar el conocimiento de la ubicación secreta del Tesoro del Templo, y evitar que ésta pueda llegar a ser conocida por alguien no deseado. Es nuestra obligación señores —dijo dirigiendo la mirada a Amfikalles y a Juan—, de los cuatro que estamos en esta sala.

—Pero señor —le interrumpió Juan—, además de nosotros el resto de los hombres que han colaborado en el traslado del tesoro conocen la ubicación del mismo.

—Eso ya no es un problema —respondió Simón en tono duro y solemne.

Juan entendió enseguida a lo que se refería Simón con sus palabras, y comprendió el destino de los hombres que habían colaborado con él y Amfikalles en el traslado del tesoro. Se sintió un

afortunado, tragó salida y no vio necesario hacer ningún nuevo comentario al respecto.

—Continúa tú, Zacarías —comentó Simón.

—Bien señores, esto que llevo en mis manos son dos pergaminos que contienen la clave para hallar el escondite secreto del Tesoro del Templo. El uno sin el otro no sirve de nada, es por tanto imprescindible disponer de los dos para poder conocer dicho paradero. Cada uno de ustedes —dijo Zacarías ofreciendo a Juan y a Amfikalles uno de los pergaminos a cada uno— se hará cargo de uno de ellos, siendo su responsabilidad. Desde este momento son ustedes los *custodios* del Tesoro del Templo del Rey Salomón.

Juan cogió su pergamino e instintivamente lo desenrolló en parte, lo suficiente como para poder leer las primeras líneas, que aparecían con una perfecta caligrafía: “*Sólo conociendo la lengua secreta de Dios hallarás el camino. Sólo así encontrarás el Tesoro del Templo de su fiel hijo, el Rey Salomón*”.

—No es imprescindible conocer el contenido del pergamino —apuntó Simón al ver como Amfikalles hacía también intención de leer su pergamino—, tan sólo es necesario que lo protejan y eviten que caiga en manos indeseadas.

Amfikalles volvió a enrollar inmediatamente su pergamino, pidiendo perdón a su superior.

—Partiréis inmediatamente y abandonaréis la ciudad por separado sin informar a nadie de a dónde os dirigís —prosiguió Simón—. No volveréis hasta que los romanos se hayan marchado para siempre y el Tesoro del Templo pueda volver a su legítimo lugar. Si ello no ocurriera en esta vida deberéis cuidar de que vuestro legado pase a alguien de vuestra confianza, bajo las mismas condiciones. Eso es todo, señores. Deben partir ya, no nos volveremos a ver.

—Señor —habló Amfikalles—, es un honor que haya confiado en nosotros para esta importante misión —y *un alivio*, pensó Juan, que aún no se había quitado de la cabeza a sus desafortunados

compañeros—. Puede estar seguro de que cumpliremos con ella fielmente.

—Lo sé, amigo mío, lo sé. Partid ya.

Los dos hombres estrecharon sus antebrazos con Simón y Zacarías y partieron inmediatamente rumbo a la que sería su nueva e impredecible vida. Aquello suponía por un lado un alivio, puesto que se libraban de una muerte segura a manos de los romanos, ya que como *sicarios* que eran serían especialmente perseguidos y ajusticiados por ellos. Pero por otro se abría ante ellos una vida incierta, en la que debían dejar atrás todo lo que habían conocido hasta ese día. No eran conscientes en ese momento de la importancia y trascendencia que la misión que provocaba esa nueva vida tendría sobre su pueblo casi dos mil años después.

2

ב

*Fortaleza subterránea Jonastal III C. Turingia, Alemania
1 de marzo de 1945*

El Opel Blitz de tres toneladas circulaba lentamente, precedido por una motocicleta Zündapp KS 750 armada con una ametralladora fijada en el sidecar. Apodada el “Elefante Verde” por su forma y color, la motocicleta de escolta abría camino por aquella carretera estrecha y sinuosa, tapizada por una cada vez más frondosa e inexpugnable masa de árboles a medida que se acercaban a su destino. En el interior del camión, junto al conductor, estaba sentado el oficial al mando del pequeño convoy, y en la parte trasera, sentados unos enfrente de otros y escoltados por dos soldados armados, viajaban los ocho nuevos prisioneros que pasarían a engrosar la lista de más de treinta mil obreros de la colosal ciudad subterránea que era la fortaleza Jonastal III C.

Secreta e inexpugnable, la creación de aquella fortaleza subterránea se debía a la necesidad del ejército alemán de continuar con la investigación y el desarrollo de las armas secretas nazis, paralizados ambos por los continuos bombardeos aliados y en especial los de la localidad de Peenemünde, en el Báltico, donde comenzó el desarrollo de las temibles V-2, los cohetes más avanzados construidos hasta el momento. La noche del 17 de agosto de 1943 más de 600 bombarderos de la RAF, en la denominada operación *Hidra*, desencadenaron en aquel lugar un letal ataque, causando no sólo la total destrucción de las instalaciones allí ubicadas, sino, y aún peor, la muerte de más de cien científicos alemanes. Esto obligó a Hitler a tomar medidas; la primera fue dejar la construcción de sus armas secretas en manos más fieles con el fin de evitar filtraciones, pasando de depender de la *Luftwaffe* a ser responsabilidad exclusiva de las SS de Himmler. La segunda medida fue trasladar la construcción de esas

nuevas armas a fábricas subterráneas, lejos de las capacidades de bombardeo aliadas. Jonastal III C era una de esas fábricas aunque no la única, construida al igual que el resto por decenas de miles de prisioneros de guerra. Las condiciones de trabajo en aquellos verdaderos y temibles campos de concentración eran terribles para los esclavos que trabajaban en ellos, lo que provocaba una enorme mortandad. Aquello hacía necesario reponer continuamente la plantilla de todas aquellas fortalezas con nuevos trabajadores, y más aún en aquella fase final de la guerra donde los ejércitos alemanes estaban siendo encorsetados por los aliados, en lo que parecía una inevitable y clara derrota. Jonastal III C era la mayor de todas, con veinticinco kilómetros de longitud y más de treinta mil trabajadores, lo que obligaba a un continuo ir y venir de camiones con suministros y nuevos obreros. Aquel Opel Blitz era uno más de ellos, o eso pensó al menos el centinela de la entrada a la instalación cuando vio acercarse la motocicleta y el camión. Salió del cuerpo de guardia y se colocó delante de la barrera que impedía el paso, flanqueado por dos soldados armados con fusiles de asalto MP44 y protegidos todos por un nido de ametralladoras situado unos metros más atrás. Cuando el pequeño convoy paró, el soldado que viajaba en el sidecar de la moto sacó los papeles pertinentes y se los mostró al centinela, que con ayuda de una linterna los leyó con cierta dificultad pero con gran detenimiento.

—Más trabajadores, ¿no?

—Así es —contestó el copiloto de la motocicleta.

—¿No es un poco tarde para ello? —preguntó el centinela un tanto extrañado.

—Qué puedo decirle, cumplimos órdenes.

—Bien, aguarden aquí un momento.

El centinela se dirigió al camión, mirando primero al conductor y después a su acompañante, un Hauptsturmführer de las SS al que saludó convenientemente, para a continuación dirigirse a la parte trasera. Una vez allí levantó la lona y miró en el interior del camión. Enseguida los dos soldados que custodiaban a los presos, situados en la parte más cercana a él, le saludaron. Ayudado nuevamente de su

linterna el centinela enfocó hacia los presos, vestidos con monos de trabajo de color gris con rayas verticales blancas.

—¡Ya vienen vestidos y todo! La cosa está peor de lo que pensaba, las prisas parecen acuciantes. De todas formas estos no parecen estar en malas condiciones, ¿no? —dijo el centinela con tono jocoso dirigiéndose a uno de los soldados del camión.

—Ya bueno, es que los han cebado bien para que rindan al máximo de sus capacidades —respondió riéndose el soldado.

—Eso está bien. Necesitamos a estos malditos cerdos al cien por cien. La situación está muy complicada y ahora la patria nos necesita más que nunca.

El centinela soltó la lona y se dirigió de nuevo hacia la motocicleta.

—Todo en orden, pasen.

La Zündapp KS 750 reemprendió la marcha seguida del camión. Cruzado ya el punto de control enseguida pasaron por delante de las defensas antiaéreas, formadas por varias hileras de cañones Flak de 88 mm. perfectamente camuflados. Un poco más adelante y por la parte derecha pronto aparecieron diversos barracones, mientras que por la izquierda y paralelamente a la carretera surgieron como de la nada dos líneas de ferrocarril que se dirigían directamente hacia la montaña. Tras una curva a la derecha enseguida apareció un segundo control de seguridad que pasaron sin dificultad, y tras él la descomunal entrada a la mismísima montaña. Las dos puertas de hierro macizo, que estaban abiertas, tendrían al menos diez metros de altura, lo que provocó el asombro del conductor y del copiloto del camión.

—¡Es enorme, más de lo que había oído! —acertó a decir el conductor, que tuvo que aflojar la marcha para no embestir a la motocicleta.

—Ya veremos cómo es por dentro y si se ajusta a los planos—le respondió el capitán de las SS con cara de preocupación.

Un nuevo centinela, dentro ya del recinto, paró a la motocicleta y, tras inspeccionar de nuevo los papeles, dirigió a ésta y al camión hacia un enorme hangar repleto de vehículos aparcados, que se vislumbraba a pocos metros a la derecha. Cuando ambos vehículos pararon sus motores el capitán se levantó de su asiento de copiloto, se bajó del camión y se dirigió hacia la parte trasera del mismo.

—Ya hemos llegado, todos abajo. Rápido.

—*Да, товарищ полковник*—respondió uno de los soldados.

—¡En alemán! —le reprendió el capitán con mirada asesina.

—Lo siento camarada comandante —volvió a responder el soldado, contrariado por aquella metedura de pata—. ¡Abajo todos!

Cuando finalmente bajaron todos del camión se adentraron en la descomunal instalación siguiendo uno de los corredores que salían de aquel hangar. Primero iba el capitán de las SS, con el copiloto de la motocicleta a su derecha. A estos les seguían los conductores de ambos vehículos, los dos con un gran petate a la espalda sacados del camión, y tras ellos los ocho nuevos trabajadores. Cerraban el grupo los dos soldados que iban en la parte trasera del camión, armados con sendos subfusiles automáticos MP40. Enseguida bajaron dos niveles y continuaron por un corredor pintado con una línea de color naranja a ambos lados. Parecía como si llevaran un plano grabado en la cabeza, que les guiaba certeramente por aquella enmarañada red de pasadizos. Se cruzaron con varias personas del personal de servicio además de trabajadores y científicos, que andaban todos de un lado para otro con prisa. No necesitaron preguntar a nadie sobre el destino final de los prisioneros hasta que finalmente, y tras un momento de duda, no tuvieron más remedio que hacerlo. El capitán de las SS eligió para ello a un hombre con bata blanca que se dirigía cabizbajo hacia ellos portando en las manos una carpeta con varios papeles sujetos por un enganche metálico.

—Estoy buscando el despacho del SS-Obersturmbannführer Gollhofer ¿Puede decirme dónde está?

—Continúe todo de frente unos cien metros, baje un piso más por las escaleras de la derecha y llegará al área de investigación. Pregunte allí.

El grupo, sin que el capitán ni nadie de sus hombres dijera una palabra más, reanudó la marcha unos pocos metros hasta que aquel hombre se dirigió de nuevo a ellos.

—¡Espere Hauptsturmführer! Los prisioneros no pueden estar en esta zona, es sólo para personal alemán. Debe llevarlos a las fábricas del piso superior.

El capitán alemán dudó unos instantes antes de responderle.

—Es de vital importancia que vea al SS-Obersturmbannführer Gollhofer ahora mismo. No puedo demorarme más.

—Lo entiendo. Puede ir usted mientras sus hombres llevan a los prisioneros a la zona asignada —insistió el hombre de la bata blanca—. Aquí no pueden estar, son las normas de seguridad.

—Tengo un pase especial de seguridad que me habilita para estar aquí con estos prisioneros —respondió el capitán mirando de soslayo a uno de sus hombres y echando un vistazo rápido a su alrededor.

—¿Puedo verlo?

—Cómo no. Otto, enséñaselo.

El hombre que iba de copiloto en la moto, Otto, se abalanzó como un rayo sobre aquel hombre y, sin darle tiempo a reaccionar, le rompió el cuello como si fuera de mantequilla.

—Esto empieza a complicarse, tenemos que darnos prisa. Andrey, Gheorghi, recoged el cuerpo y esconderlo donde podáis —se dirigió el capitán a dos de los prisioneros—. ¡Rápido!

Klaus Gollhofer repasaba en su despacho los últimos resultados que le había entregado uno de sus hombres hacía ya media hora. Todo parecía en orden, se confirmaba que todos los datos y todas las

pruebas eran satisfactorios. Aquello suponía la confirmación de años de trabajo; los disparadores infrarrojos funcionaban perfectamente y estaban listos para ser usados. Sin ellos, todo el programa en el que tantos científicos estaban involucrados, con él como uno de los máximos responsables, no serviría de nada. Alemania estaba en disposición de tener en breve una nueva arma maravillosa, muy a su pesar. Sin más dilación cogió el teléfono.

—Póngame inmediatamente con el Barón Von Ardenne. Sí, espero.

Al cabo de unos segundos que le parecieron eternos por fin recibió contestación de su colega.

—¿Sí, dígame?

—Manfred, soy Klaus.

—¡Klaus, qué alegría oírte! ¿Qué se te ofrece a estas horas?

—Lo tenemos, los disparadores funcionan perfectamente, a la velocidad de la luz, como tú aseguraste.

—Estaba seguro de ello, hemos trabajado duro y sabía que lo íbamos a conseguir. Ahora mismo llamo al SS-Obergruppenführer Kammler y mañana vamos para allá los dos.

—Aquí os espero, tienes que ver los datos.

—Descuida, hasta mañana.

El general de las SS Hans Kammler era el máximo responsable del programa de armas secretas nazis desde que todas éstas pasaran a ser responsabilidad de las SS. Ingeniero, y afiliado al partido nazi desde 1932, empezó como máximo responsable del desarrollo de los cohetes V-2 hasta convertirse en lo que era ahora, una de las personas más importantes e influyentes de la Alemania nazi. Fue él quien le insistió a Klaus para que se afiliara al partido nazi, puesto que desde que todo el programa armamentístico secreto pasara a manos de las SS, era un requisito imprescindible para alguien con la responsabilidad que Klaus tenía, y estaba claro que el general no

quería prescindir de él ni de su extraordinaria cabeza. Sin embargo Klaus no comulgaba con aquellas ideas xenófobas, a pesar de ser oriundo de la localidad bávara de Vogelthal, al norte de Múnich. A él, un brillante científico e ingeniero de 52 años, sólo le interesaba la ciencia, aunque desde hacía tiempo ya era consciente, impotente por la situación en la que se encontraba Alemania y las repercusiones que tendría el no colaborar, de las consecuencias que tendría su trabajo. Confiaba en que el final de la guerra llegaría pronto, y que ralentizando adrede su trabajo conseguiría que aquel trajera un nuevo escenario para sus investigaciones, pero no fue así. El momento de la verdad había llegado y ya no podía hacer nada por evitar las consecuencias de ese trabajo, al menos sin poner en grave riesgo su propia vida.

Después de colgar el teléfono Klaus se apresuró en anotar en su libreta los últimos datos. En ella tenía una información vital acerca de su proyecto, y no quería ni pensar en qué sucedería si cayera en manos del enemigo. Por ello se afanó desde el principio en codificar la información más vital, además de no dejar la libreta en manos que no fueran las suyas o las de su más estrecho colaborador, el joven Kurt Dënker. A pesar de que éste sí que era un nazi convencido, también era una persona muy inteligente y confiaba plenamente en él. No obstante nadie más que Klaus conocía la codificación que él y sólo él empleaba para anotar ciertos datos vitales, como por ejemplo aquellos relacionados con la correcta configuración, disposición y uso de los fusibles disparadores cuyo funcionamiento acababa de verificar, y que por razones de la más estricta seguridad sólo conocían él y su colega el Barón Von Ardenne. En cualquier caso, informado ya por teléfono su colega y una vez hubo terminado de hacer sus anotaciones, era el momento de ir a ver a Dënker para ponerle al corriente de la buena nueva. Salió de su despacho y se dirigió al de su colaborador, a unos 50 metros del suyo.

—Señor, es ahí. Aquel es el despacho.

—Bien Otto, que todos estén preparados en menos de un minuto. Que nadie olvide poner los silenciadores. Quiero este pasillo

controlado por el equipo *alfa*. Los demás entraremos en el despacho. La operación debe ser rápida y contundente.

El equipo alfa estaba formado por los ocho trabajadores que venían en la parte trasera del camión, una vez que hubieron cambiado sus monos de trabajo grises por los uniformes alemanes reglamentarios que los conductores de la motocicleta y el camión llevaban en sus petates. Eran la fuerza bruta del comando, y no dudarían en desatar un infierno si era necesario, aunque eso supusiera perder el factor sorpresa. Aquel angosto pasillo, que doblaba a la derecha pocos metros más allá de la puerta de entrada al despacho objetivo, no era como Iván, enfundado en su falso traje de capitán de las SS, había supuesto. Todo estaba listo para el asalto, todos estaban a la espera de su señal.

Kurt se encontraba en su despacho hablando con Hessel, otro de los colaboradores, cuando Klaus entró por la puerta.

—Señores, traigo buenas noticias, ¡lo hemos conseguido! La prueba final ha sido totalmente satisfactoria. Enhorabuena a todos —dijo Klaus mientras dejaba su libreta sobre la mesa de Kurt.

—Enhorabuena a ti —le respondió Hessel—, te lo merecías. ¿Y ahora qué?

—Ahora toca celebrarlo —le respondió Kurt—. Anda vete a la cantina a por una botella de *Liebfraumilch* y de paso avisa a Hans y al resto del equipo. Y si no te importa llévate esta botella vacía y la devuelves.

—¿Algo más? —preguntó Hessel en tono burlesco mientras recogía la botella que Kurt le acercaba.

—Anda no seas quejica, que la última vez que celebramos algo me tocó ir a mí.

Hessel salió del despacho camino de la cantina. No había andado por el pasillo ni cuarenta metros, justo antes de doblar la esquina hacia la izquierda, cuando de repente vio aparecer a un soldado armado con

una pistola. No era normal ver a soldados armados en aquella zona, y menos aún con revólveres rusos *Nagant M1895* con silenciador. Tras unos instantes en los que ambos hombres se quedaron paralizados mirándose fijamente a los ojos, el científico alemán se dio media vuelta e intentó salir corriendo, aunque no pudo avanzar ni dos metros antes de que una bala le atravesara la espalda y le reventara el corazón. Al caer al suelo la botella vacía de cristal que llevaba en la mano se hizo añicos, haciendo un estruendo considerable.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alarmado Iván a punto de dar la orden de asalto al despacho de Klaus.

Otto, cuyo verdadero nombre era Kiril, hizo un gesto con la mano a Gheorghii para que fuera a ver. Tras doblar éste la esquina vio a su compañero Anatoli agachado en el suelo, con su mano izquierda sobre el cuello de un hombre con bata blanca tirado en el suelo entre un mar de cristales rotos, justo en el mismo momento en el que otro hombre también con bata blanca asomaba la cabeza por la puerta de un despacho situado unas decenas de metros más allá y miraba hacia ellos.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Klaus al mismo tiempo que el soldado agachado le gritaba al otro *¡стреляем!*, y unas décimas de segundo antes que una bala rozara su hombro izquierdo.

Inmediatamente volvió a entrar en el despacho, sin percatarse siquiera de su herida pero plenamente consciente de que era a él a quien buscaban.

—¡Corre Kurt, por la otra puerta!

Afortunadamente para ellos el despacho de Kurt tenía una segunda puerta que daba a otro pasillo de servicio.

—¿Qué ocurre Klaus? ¡Estás sangrando!

—No preguntes, debemos salir corriendo de aquí. ¡Sígueme! —gritó Klaus dirigiéndose corriendo a la otra puerta y aprovechando que junto a ésta había un botón de alarma para pulsarlo.

Un ensordecedor ruido empezó a sonar por todo el complejo, asustando al propio Iván que enseguida entendió que su operación de asalto había sido descubierta. Mientras tanto Klaus, que acababa de salir del despacho de Kurt seguido por éste, cayó en la cuenta de que se olvidaba de algo.

—¡Mi libreta!

—Ya voy yo, tú sigue corriendo y no pares. Nos vemos en la sala de control.

Kurt volvió a entrar en su despacho y se dirigió hacia su mesa, en la que Klaus había dejado su libreta nada más entrar pocos minutos antes. Acababa de cogerla cuando entraron dos soldados y se abalanzaron sobre él, inmovilizándolo por completo sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Media hora después Klaus salió por fin a la superficie, junto con un grupo de científicos que estaban siendo protegidos por una patrulla de seguridad. Seguro ya, rodeado de tanta gente, se tranquilizó y se apartó un poco para pensar en lo que acababa de vivir. El hombro le ardía, aunque en un primer vistazo pudo comprobar que no era grave; la sangre había dejado de brotar. Se apoyó sobre una pared y encendió un cigarrillo con ambas manos aún temblorosas. Aún resonaba en su cabeza lo que había oído decirle a aquel soldado agachado sobre el inerte Hessel, *стреляет*; no era muy versado en idiomas, aunque sí lo suficiente como para entender que era ruso. Aquello suponía un punto de inflexión. Enseguida tuvo clara cuál era su situación y el riesgo que corría; la guerra estaba a punto de acabar y no podía aguardar a que lo atrapasen, tenía que hacer algo. La única solución que veía era algo en lo que ya había pensado con anterioridad, pero que nunca terminó de gustarle. Él no era un traidor, su patria era la que lo traicionó a él, obligándolo a enfocar sus investigaciones en la fabricación de un arma tremendamente poderosa, y ahora ni siquiera estaba en condiciones ya ni de protegerlo. No había opción, tenía que intentarlo, y sabía a quién acudir en busca de ayuda. Exhaló la última bocanada de humo de su cigarrillo y tiró la colilla aún encendida hacia su derecha. A unos cien

metros de él, en esa misma dirección y en medio de un caos de gente corriendo por todas partes, se fijó en un Opel Blitz que abandonaba el complejo apresuradamente. Nunca más volvería a ver a su compañero Kurt, ni a su libreta.

3

λ

*Hervás, España
27 de julio de 2012*

Horizontales, tercera línea, primera palabra: Hallazgo, encuentro, manifestación de lo que estaba oculto o secreto o era desconocido.

—Descubrimiento.

Verticales, octava línea, primera palabra: Símbolo químico del plutonio.

—Pu.

Verticales, primera línea, primera palabra: Dicho o cosa que no se alcanza a comprender, o que difícilmente puede entenderse o interpretarse.

—Enigma —Guillermo hizo una mueca al escribir esta palabra.

Verticales, segunda línea, cuarta palabra: Recobrar nuevas fuerzas físicas o morales.

Esta vez Guillermo no lo tenía tan claro. La palabra era de ocho letras, empezaba por *r* y terminaba por *ir*. Era de las últimas que le quedaban para acabar su crucigrama, pero no lograba dar con ella con la velocidad acostumbrada.

—Ah, ya, ¡resurgir!—dijo finalmente en voz alta mientras escribía la palabra, sentado en su banco de siempre.

Guillermo era muy aficionado a los crucigramas, los juegos de números y los acertijos. Como cada mañana, se levantaba pronto, desayunaba frugalmente y salía de su casa para darse su paseo

matutino. Últimamente se sentía inquieto; le daba la sensación de estar siendo vigilado, por lo que introdujo ciertas variantes en su itinerario con el fin de despistar a sus hipotéticos seguidores. De camino al parque municipal de Hervás, que es adonde acababa yendo siempre atravesándose gran parte del pueblo, compraba el periódico en un quiosco cercano y se sentaba en su banco preferido para disfrutar de la paz y el relax que le proporcionaba el estar en medio de aquel lugar tan tranquilo y arbolado. Allí se hacía el crucigrama del periódico o varios de los juegos de la revista de pasatiempos que también solía comprarse a menudo. A sus 81 años tenía una inteligencia y una rapidez mental impropios de su edad, sin duda heredados de su padre, que cultivaba diariamente con esa actividad tan sana. Aquel día, una vez hubo terminado la lectura del periódico y, por supuesto, de hacer el consabido crucigrama, salió del parque algo más tarde de lo habitual. Cogió la calle *Braulio Navas*, peatonal desde hacía unos años, y se dirigió hacia la plaza de *La Corredera*, donde solía tomarse el segundo café del día. De camino se deleitó con la vista de la imponente figura del *Pinajarro* al fondo, el pico más alto de cuantos rodean al pueblo, con 2.104 metros de altura. Hervás, rodeado de montañas y de frondosos busques de castaños, goza por ello de un clima suave en verano que hacía muy placenteros los paseos que Guillermo solía dar siempre que podía. Le vinieron a la cabeza las numerosas excursiones que hizo siendo más joven por los montes de alrededor, incluidas la marcha a la *Chorrera* y la ascensión de más de diez horas al propio *Pinajarro*, algo que no muchos en el pueblo podían decir. Eso era algo que ya no podía hacer, pero al menos lo seguía recordando con orgullo y agrado. A punto ya de torcer a la derecha por la calle de *Asensio Neila* para enfilarse hacia la plaza, y tras entrar un momento en un supermercado para comprar algo de fruta, se cruzó con un viejo amigo que lo paró en seco.

—¡Hombre Guillermo! ¿Qué es de tu vida que hace casi una semana que no te veo? —dijo aquel hombre dándole una palmada en la espalda tan fuerte que casi se la rompe.

—¡Qué tal *Mongo*! —así es como llamaban a Domingo sus amigos más cercanos—. He estado un poco pachucho estos días —mintió Guillermo, que no quería decirle que no había tenido tiempo de

estar con sus amigos porque había estado muy entretenido leyendo un libro sobre agujeros negros—. Precisamente vengo del supermercado de comprarme fruta para reponer vitaminas. Iba a tomarme un café en la plaza, ¿te apetece?

—Venga vale, y así ya de paso echo una *euromillones*, a ver si me toca algo de una vez.

Los dos amigos se sentaron en una mesa bajo los soportales de la plaza, perteneciente a un bar que además vendía libros y hacía de establecimiento de loterías. Allí empezaron a hablar de sus cosas mientras se tomaban el café.

—Entonces, ¿te apuntas a la partida de mus de esta tarde? —preguntó Mongo mientras rellenaba su boleto de lotería.

—Sí claro, contad conmigo. ¿A qué hora habéis quedado?

—25, 28... A las siete en el casino, ya sabes, fuera, en el patio.

—¿Y no hace mucho calor fuera a esas horas?

—31, 37, 40... ¡Qué va!, debajo del ficus ese se está de vicio —respondió Mongo mientras intentaba no liarse escribiendo los números en su boleto, refiriéndose a un enorme tejo centenario que dominaba el patio interno del bar que un día ya lejano fue el casino del pueblo.

—Vale, vale, allí estaré.

—Perfecto. Anda, dime un número que me falta, a ver si me das suerte.

—El 6 —respondió sin dudarlo Guillermo—, que es un *número perfecto*.

—Eso será si sale ja, ja, ja...

—No me refiero a eso. Un número perfecto es aquel que es igual a la suma de sus divisores propios positivos, sin incluirse a sí mismo; en este caso estos son el 1, el 2 y el 3. El siguiente número perfecto sería el 28, cuyos divisores son el 1, 2, 4, 7 y 14, pero ese ya lo has puesto.

—Ah —respondió Mongo, como si le acabara de hablar en chino.

—No me mires con esa cara hombre, los números perfectos son muy conocidos y encierran una gran simbología. No es casual, por ejemplo, que el Antiguo Testamento diga que Dios creó el mundo en 6 días. O que el ciclo lunar tenga 28 días.

—No, ya —balbuceó Mongo—. Supongo que el 666 no es un número perfecto, ¿no? —bromeó en un intento de zanjar el asunto para no parecer demasiado inculto al lado de su amigo.

—Interesante pregunta Mongo —respondió Guillermo dejando patente su auténtica pasión por los números, para desgracia de su amigo—. Verás, una vez más, ese número tan conocido por todos que aparece en la Biblia no es casual. Hay que remontarse a tiempos de los romanos, que como sabes fueron unos feroces perseguidores de los cristianos. De entre ellos destacó por su crueldad el emperador Nerón, que pasó a convertirse en una de las bestias negras del cristianismo. Y utilizo esta palabra, bestia, no por casualidad, como verás a continuación. Fue precisamente en aquella época tan convulsa y peligrosa cuando San Juan escribió el libro del *Apocalipsis*, que es donde se asocia el 666 como el número de la *Bestia*. Me sigues, ¿no?

—Sí, sí, continua —respondió Mongo con los ojos como platos.

—Pues bien, es ahora cuando viene lo realmente interesante. Al igual que los números romanos están asociados a determinadas letras, ya sabes, la X es el diez, el número cuatro son un palito seguido de una V, el cien es una C, etc., en hebreo pasa algo similar. Lo que ocurrió en realidad es que cuando San Juan escribió el número 666, hacía referencia al emperador Nerón. Si transcribimos Nerón César en hebreo nos quedaría “nrwn qsr”, y si sustituimos esas letras por sus valores numéricos correspondientes y los sumamos nos da la suma de 666. Y como éste hay varios ejemplos más.

Allí estuvieron los dos amigos charlando en la terraza un buen rato, hasta que finalmente se despidieron, para alivio de Mongo, y cada uno se fue por su lado. Guillermo cogió la calle *Relator*

González, que salía de la misma plaza, hasta llegar al número 9, donde se encontraba su casa. Vieja y estrecha como muchas en el pueblo, al menos no estaba en el barrio judío, que si bien es cierto que es la parte más auténtica y bonita de Hervás, está llena de cuevas que con su edad ya no era muy agradable tener que subir y bajar; bastante tenía ya con las escaleras de su casa.

Una vez dentro del portal miró en el interior de su buzón de correos y emprendió lentamente la subida hasta la puerta de su casa, donde tenía previsto darse una ducha y ver la televisión un rato antes de hacerse las migas que había decidido que comería ese día. Él siempre tenía presente aquel dicho que decía: *sube como un viejo y llegarás como un joven*, por lo que se tomó con tranquilidad aquella ascensión, como hacía desde mucho tiempo atrás. Una vez arriba metió la llave en la cerradura y abrió la puerta, pero enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien. Había poca luz, y él acostumbraba a dejar las persianas y las cortinas bien abiertas, dado que el grosor de los muros era lo suficientemente ancho como para mantener la casa fresca sin necesidad de estar a oscuras. Dejó en el suelo la bolsa con la fruta que acababa de comprar y a continuación pasó al salón, donde pudo comprobar que su temor era cierto; todo estaba revuelto, los cajones abiertos con su contenido esparcido por el suelo, las puertas de la vitrina descerrajadas, y las dos estanterías tiradas en el suelo una y la otra apoyada sobre el sillón orejero que había hecho de tope, evitando así que también cayera al suelo. Asustado y nervioso, se dirigió a la mesita frente a la ventana en donde estaba el teléfono, que casualmente era lo único que quedaba aún indemne en su desordenado salón. Acababa de descolgar el auricular para llamar a la Guardia Civil cuando de repente sintió algo húmedo que le tapaba la nariz y la boca. Intentó reaccionar para zafarse de aquello que le impedía respirar, pero en cuestión de segundos le faltaron las fuerzas. Enseguida se le nubló la vista, hasta que todo finalmente se convirtió en oscuridad.

Aquel hombre, con un enorme dragón tatuado en el antebrazo derecho, dejó a Guillermo con suavidad en el suelo y recogió el teléfono que éste acababa de soltar. Lo colgó cuidadosamente, y

deslizó suavemente su mano, aún enfundada en un guante de látex, por el bolsillo de su chaqueta hasta dar con el teléfono móvil. Buscó en la agenda y seleccionó el nombre del contacto que buscaba. Miró a su alrededor mientras esperaba que se realizase la llamada. Al segundo tono descolgó una persona al otro lado del teléfono.

—*¡Ja?*

—Ya es nuestro, señor, tenemos a Wilhelm Gollhofer —dijo aquel hombre en alemán.

4

7

Océano Atlántico, frente a las costas de Cádiz
22 de octubre de 1942

El mar estaba agitado, lo que provocaba un continuo vaivén de la embarcación que, azotada por el viento de levante, apenas avanzaba. Con olas de tres metros y un cielo encapotado que hacía más oscura la noche, todo apuntaba a que la caza sería complicada. No muy lejos de allí, a unas pocas millas náuticas de la costa española, se atisbaban unas tintineantes luces que corroboraban la perfecta ubicación de la embarcación. Sólo faltaba la presa, y por fin llegó por el este. El carguero *Giborn* había zarpado del puerto de Gibraltar hacía una hora aproximadamente, y se les acercaba solo, desprotegido, sin saber lo que le esperaba.

El vigía del U-69 enseguida vio acercarse al carguero inglés, y tocaron zafarrancho de combate. Aquel era el primer submarino de combate alemán de clase VIIC que se había construido, y contaba en su arsenal con catorce torpedos que podían dispararse en cualquiera de sus cinco tubos lanzatorpedos, cuatro de ellos en la proa. Sus sesenta y siete metros de eslora por poco más de seis de manga no eran nada comparado con las dimensiones de aquel carguero de 16.000 toneladas, por lo que con aquel mar y de noche era imposible que pudiera ver al submarino. Su capitán, consciente de eso, decidió atacar en superficie, como era lógico y más efectivo, y ordenó enseguida poner rumbo hacia el carguero. Lo atacarían desde su babor, quedando el barco entre ellos y la costa, de modo que fuese más complicado que les vieran acercarse. La caza había comenzado.

—Señor, estamos a mil metros del objetivo.

—Perfecto, velocidad a cinco nudos. Mantenga el rumbo —
ordenó el capitán.

—Sí señor —respondió el segundo de abordó, que repitió la orden al timonel.

—Ochocientos metros señor.

—¡Carguen tubos dos y tres!

—Tubos dos y tres cargados y listos para abrir fuego señor —se oyó al cabo de unos segundos.

El capitán no dejaba de mirar por el periscopio esperando que la distancia al objetivo fuera de sólo setecientos metros, mientras que su segundo mantenía el cronómetro listo en su mano derecha.

—Setecientos metros mi capitán.

—¡Fuego el dos! —gritó el capitán, lo que provocó que su segundo accionara el cronómetro.

—¡Veinticinco segundos para el impacto! —comentó este último.

—¡Fuego el tres! —volvió a ordenar el capitán.

Aquellos segundos se hicieron eternos en medio de un silencio absoluto, hasta que por fin una tremenda detonación sacudió por completo al submarino, haciendo que su tripulación se tambalara y necesitara agarrarse a algo para no caerse. Ello provocó un estallido de júbilo entre los más de cincuenta marineros que formaban la dotación del submarino, que unos segundos después volvió a sentir una segunda sacudida fruto del impacto del segundo torpedo. El capitán fue testigo por el periscopio de ambas explosiones, y no dejaba de contemplar las enormes llamaradas que envolvían al carguero inglés, visibles también desde la costa, que pronto empezó a escorarse a babor. No contento con ello volvió a dar una orden.

—Asegurémonos, ¡preparen el tubo lanzatorpedos número uno y reduzcan la velocidad a dos nudos!

—Tubo número uno listo, señor —se oyó al cabo de unos segundos.

—¡Fuego el uno!

Unos segundos después el tercer torpedo hizo impacto en el buque, que ya no pudo resistir más y se hundió rápidamente. La caza había terminado. Ya no había nada más que hacer allí. El capitán se acercó al oficial de comunicaciones, que estaba sentado en su mesa frente a la radio, y se dirigió a él en voz baja.

—Mande sin codificar el siguiente mensaje por radio: *Objetivo cumplido. BW.*

El oficial anotó rápidamente aquel escueto y, a su juicio, extraño mensaje, y enseguida procedió a su envío.

—Nos vamos. Señor Gräf —le dijo el capitán a su segundo ya en voz alta—, sáquenos rápidamente de aquí. Rumbo a las Canarias.

—Sí señor. ¡Ya lo habéis oído! ¡Rumbo sur-suroeste! ¡Abrid los tanques de lastre, planos de proa a veinticinco grados, profundidad cincuenta metros!

El U-69 desapareció en unos segundos, dejando tras de sí una estela de destrucción, en forma de petróleo y todo tipo de restos flotando en el agua.

En ese mismo instante, a más de 2.000 kilómetros de allí, en las oficinas en Londres del Mariscal de Campo Alan Francis Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial, se recibía un breve pero esperado mensaje enviado expresamente para él por radio desde el Almirantazgo. Brooke cogió el papel y lo leyó con detenimiento:

Misión cumplida, Lobo Negro ha hecho su trabajo según lo planeado.

Una sonrisa de satisfacción invadió su cara. *Todo se desarrolla según lo previsto*, pensó.

A la mañana siguiente, las consecuencias de aquel desigual encuentro entre ambas embarcaciones empezaron a hacerse patentes. Sobre la arena de la inmensa playa al norte de Tarifa aparecieron

multitud de objetos provenientes del carguero hundido. Y en especial uno, el cadáver de un marinero. La persona que lo encontró, ajena a la importancia del hallazgo, enseguida dio parte a las autoridades españolas, una vez se hubo apropiado de todo lo que había de valor sobre la playa. Éstas lo llevaron a la ciudad y procedieron a su identificación, gracias a la cual comprobaron que se trataba de un oficial de alto rango de la Marina Real Británica. Pero no era un marino cualquiera, sino que se trataba de un oficial de enlace del Estado Mayor británico establecido en Gibraltar, que llevaba consigo, ocultos en un bolsillo interior cosido a su chaqueta, unos documentos secretos bajo el nombre de *Operación Torch*. Éste era el nombre en clave que Churchill y Roosevelt le habían dado al inminente desembarco en el norte de África, bajo el mando de un aún desconocido e inexperto General Eisenhower, de tropas anglo-estadounidenses cuya misión era llegar hasta Túnez para echar a Rommel y a su *Afrika Korps* de aquel continente. Todo respondía a la necesidad de Stalin de que sus aliados abrieran un segundo frente, que pudiera aliviar en parte el agobio que estaban sintiendo tras la feroz invasión de su país, hacía ya más de un año, por parte de las fuerzas armadas alemanas. El alto Estado Mayor alemán estaba al tanto de tales planes, pero desconocían sobre todo la fecha prevista y los lugares de desembarco. Aquellos papeles que portaba el marino inglés tenían, con todo lujo de detalles, todos esos datos; la operación *Torch* había quedado comprometida.

Las autoridades locales, ignorantes de lo que tenían entre manos, avisaron a Madrid del hallazgo del oficial inglés y de los papeles que éste portaba, y ésta enseguida ordenó que se los mandaran sin dilación. El Ministerio de Gobernación sí que supo apreciar la importancia de aquella información, e inmediatamente la puso en conocimiento de las autoridades alemanas a través de su consulado. Ante la importancia de aquellos papeles clasificados el gobierno alemán pidió a España máximo secreto; no se informó por tanto a las autoridades británicas del descubrimiento del cadáver del marino inglés, que fue enterrado en una fosa común en el cementerio municipal de Tarifa. Enseguida volaron a Madrid oficiales de la Wehrmacht, que inspeccionaron con minuciosidad los papeles con los

detalles de la operación *Torch*. Todo estaba allí, las fechas, los lugares, las unidades participantes, todo; el desembarco sería llevado a cabo la mañana del 23 de diciembre de aquel año, siempre que el tiempo lo permitiera, en cuatro playas distintas cercanas a la localidad tunecina de Tabarka, a unos 150 kilómetros al oeste de la capital. Los oficiales alemanes informaron al Estado Mayor de Hitler, quienes a su vez contactaron con Rommel para estudiar conjuntamente la situación y planificar una respuesta acorde con la importancia del nuevo escenario que se abría ante ellos. Los aliados iban a llevarse una gran y desagradable sorpresa.

Cancillería del Reich
8 de noviembre de 1942

Las informaciones eran concluyentes y no daban lugar a dudas. Un desembarco combinado de tropas americanas y británicas se acababa de producir apenas un par de horas antes en diversas playas de Marruecos y Argelia. Las primeras estimaciones fijaban las fuerzas enemigas en unos setenta mil hombres. Por lo general y salvo muy contadas excepciones, las fuerzas de la Francia de Vichy, que ascendían a más de cien mil soldados, no ofrecieron resistencia, permitiendo un rápido e imparable avance de los aliados hacia el este. Los estadounidenses acababan de tener su bautismo de fuego en el teatro de operaciones europeo de la Segunda Guerra Mundial, iniciando el segundo frente tan deseado por Stalin. Los alemanes entendieron que lo que en un inicio parecía ser un paseo militar, pronto se iba a convertir en una pesadilla. El golpe aliado había sido maestro.

5

7

Madrid

5 de agosto de 2012

Patricia bajó a las once de la mañana a la piscina de la urbanización en la que vivía, como venía haciendo desde que estaba de vacaciones. Después de un año cargado de trabajo y, sobre todo, intensas emociones, necesitaba un descanso. Para ello no vio necesario salir fuera, sino que prefirió quedarse en casa, sola, apartada de todos y de todo. Pero aquel día no era normal, o al menos no como lo fueron los anteriores desde que decidió parar y tomarse un descanso. La noche anterior había recibido en su dirección de correo electrónico particular, que poca gente conocía, un extraño y enigmático email que la tenía muy intrigada. Patricia se había convertido en una persona muy conocida en el mundo científico, y estaba acostumbrada a intercambiar información con gente desconocida; hacía unos meses que tenía una cuenta en Twitter, donde semanalmente escribía sus comentarios sobre noticias relevantes y sus impresiones sobre hallazgos arqueológicos, manteniendo además informados a sus seguidores acerca de las novedades de su trabajo y, en ocasiones, hasta de su vida privada. Y todo gracias a su último trabajo. Ella era Patricia Calpe, la arqueóloga que hacía menos de un año había encontrado el sarcófago perdido del faraón Menkaura, más conocido por la gente de a pie por su nombre griego, Micerinos. Fue ella la que organizó aquella expedición de rescate submarino en aguas próximas al puerto de Cartagena, en la que rescató del olvido aquel fenomenal sarcófago de uno de los faraones cuya pirámide forma parte de la única de las Maravillas del Mundo Antiguo que aún perdura, desafiante, como queriendo demostrar su victoria contra el tiempo. Fue ella también la comisaria y responsable de la exposición que a continuación se montó para mostrar al mundo aquella maravilla,

junto al resto de objetos que se rescataron del *Beatrice*, la goleta que los transportaba hasta que se hundió en aquella parte del Mediterráneo por una tormenta, al menos en la versión oficial. Patricia, además, recorrió medio mundo dando conferencias sobre el hallazgo, ante la enorme repercusión que tuvo. En definitiva, se había convertido en una arqueóloga con gran prestigio tanto nacional como internacional. Visto el éxito de su trabajo y la gran trascendencia que tuvo entre la comunidad científica, Patricia decidió finalmente escribir un libro contando aquella experiencia, bueno, la parte que podía contar. Anteriormente había escrito algún artículo en las revistas *Arqueología e Historia*, y *Vida en la Antigüedad*, pero nunca se había atrevido con un libro. Pero aquella era una ocasión propicia, y quién sabe si única, que no quería desaprovechar. Así que aprovechó esos días de descanso para darle un buen empujón.

Sin embargo, aquella magnífica experiencia, que tantos éxitos y tan buena reputación profesional le reportaron, no fue nada comparado con... él. Fue Gustavo, su querido Guso, la persona con la que compartió toda aquella historia tan increíble, el que hizo que toda aquella aventura fuera tan extraordinaria. Con él vivió momentos realmente intensos y, a veces, hasta peligrosos; fue él quien le salvo la vida en varias ocasiones. Fue de él de quien se enamoró perdidamente, pero también era por él por quien sufría tanto desde entonces, tras su terrible e inesperada muerte. Gustavo no fue una persona común, ni lo fue la vida que llevó, ni mucho menos su muerte. Como agente del CNI, en ocasiones infiltrado en organizaciones criminales, estaba claro que su vida podía correr peligro en ciertos momentos, pero nunca imaginó un final de la historia así, tan traumático para ambos. Aún no se le iba de la cabeza la gran bola de fuego en la que se convirtió aquel coche, con él en su interior. Tuvo que luchar mucho para no derrumbarse, y el trabajo le ayudó en eso. Pero el dolor que sentía era muy fuerte, y desde entonces ya no fue la misma. Se apartó de sus amigos e incluso hasta de su familia, que le aconsejó ir a un psicólogo; era como si no quisiera sentir apego por nadie para no volver a sufrir su posible pérdida.

No obstante, poco a poco empezaba a superar aquel amargo final; las pesadillas cada vez eran menos frecuentes, y empezaba a dormir

mejor por las noches. Hasta ese preciso día. Aquel correo electrónico que acababa de recibir la noche anterior le había vuelto a quitar el sueño. Allí, en la piscina de su urbanización, tendida sobre una tumbona bajo una sombrilla y con su ordenador portátil sobre su regazo, lo miraba una y otra vez, extrañada.

Amor mío, no hay palabras.



69@41@12@

Era un mensaje escueto, pero que le llamaba poderosamente la atención. *Amor mío, no hay palabras.* Aquella frase era sospechosamente parecida a la dedicatoria que había puesto en su libro, para el que había sido, o al menos eso era algo de lo que ella estaba convencida, el amor de su vida: *Para Guso. Amor mío, no hay palabras.* Un libro que aún no había acabado y que no había enseñado a nadie. No podía ser una casualidad, alguien había entrado en su ordenador y le estaba gastando una broma pesada.

Pero, ¿qué significaba aquel correo? ¿Qué significado tenía aquella fotografía de lo que a todas luces parecía ser una copia moderna de un papiro egipcio? ¿Y qué relación tendría con aquellos números al final del mensaje? Patricia estaba desconcertada, tanto que no reparó hasta esa mañana en un dato que le puso los pelos de punta en cuanto se dio cuenta de lo que significaba; la dirección de correo

electrónico del remitente, hwyv_1267@gmail.com. Patricia se quedó petrificada. *No puede ser, nadie más lo sabe*, pensó. Enseguida le vino a la cabeza una marea de recuerdos que invadió su mente como un tsunami; aquella búsqueda del tesoro que vino tras el descubrimiento del sarcófago del Menkaura, los códigos ocultos, las pistas, las muertes, y el increíble descubrimiento final, capaz de hacer tambalearse los cimientos de... No, no podía ser. Había sufrido ya bastante por todo aquello, necesitaba olvidarlo para siempre, necesitaba descansar. Ella vio cómo ardía el coche, ella vio la columna de humo descomunal. Nada pudo resistir aquello. No quedó nada reconocible de aquel coche. Ya no se acordaba bien, había empezado a olvidar. Apenas le quedaban unos vagos recuerdos de aquel momento, en el que la policía enseguida apareció y no dejó que nadie se acercara. Ella no paraba de gritar, «¡Gustavo, Gustavo, que alguien le ayude!» Pero nada se podía hacer. De lo que pasó a continuación apenas tenía ya recuerdos; sufrió un desmayo y la trasladaron a un hospital. Nada quedó del pobre Gustavo, sólo su recuerdo. Sin embargo, ahora de nuevo todos aquellos sucesos afloraron en su mente, y todo por culpa de aquel correo y de la dirección desde la que había sido enviada. *No puede ser*, se repetía Patricia una y otra vez. Aquella cifra de 4 dígitos, 1267, era la fecha de nacimiento de Gustavo: 1 de febrero de 1967. La que usaba tan asidua e irresponsablemente para todas sus contraseñas, y la que empleaba como *semilla* para sus métodos de encriptación por desplazamiento. Aún recordaba, casi literalmente, sus palabras cuando le explicó lo que era un método de encriptación por desplazamiento «...consiste en desplazar cada letra del texto a encriptar un número de caracteres a derecha o izquierda según cada dígito de la semilla...». Aquel fue uno de los momentos más excitantes de toda aquella aventura secreta que supuso el descubrimiento del sarcófago, que no había contado a nadie, ni siquiera en el libro que estaba escribiendo ahora. Esa dirección de correo, hwyv_1267@gmail.com, era una tentación, una invitación a recordar aquellos tiempos, pero quizás a un alto coste. “hwyv”, cuatro letras, igual que... *No puede ser*, se repitió una vez más. Pero no pudo soportar la tentación. Con ayuda de un programa editor de su ordenador escribió las cuatro letras, y debajo

de ellas los cuatro números, al igual que ya hizo Gustavo con ella una vez hacía casi un año.

h w y v

1 2 6 7

Desplazó la “h” un carácter a la izquierda, que pasó a convertirse en una “g”. Lo mismo hizo con las otras tres letras restantes, cada una de ellas con el siguiente de los números que componían la cifra “mágica”. Y obtuvo lo que se temía, “guso”. Aquello era demasiado doloroso para ella, una broma de muy mal gusto. Un tremendo escalofrío recorrió todo su cuerpo, que le produjo tal estremecimiento que por unos instantes perdió la noción del tiempo. Cuando logró sobreponerse, enseguida vio que aquel correo electrónico era un enigma, un juego al que estaba dispuesta a jugar para desenmascarar y perseguir a quien quiera que estuviera detrás de él. Al fin y al cabo habían entrado en su ordenador para copiar un pequeño fragmento de su libro aún sin publicar, para usarlo en aquel correo como reclamo para llamar su atención, y eso era un delito.

Después de serenarse, no sin dificultad después del impacto que le supuso recordar la muerte de su amado Gustavo, volvió a examinar el mensaje con detenimiento. Aquel conjunto de números se asemejaba mucho a un número de un teléfono móvil, puesto que era de nueve dígitos, estaba formado por tres grupos de tres cifras y empezaba por el número 6. Tan sólo faltaban tres de sus números, uno en cada grupo, que habían sido sustituidos por unas caras tristes. Todo apuntaba, por tanto, a que el juego consistía en adivinar esas 3 cifras restantes, y para ello, sin duda, habían puesto allí esa imagen. Parecía claro que alguien la retaba a descubrir un número de teléfono al que llamar. Lo que ocurriría después era algo en lo que Patricia no pensó en ese momento, movida por la tristeza y la ira que la invadían. Pero, ¿qué significado tenía ese papiro formado por ocho figuras? ¿Qué relación podría tener con los tres números que faltaban? Patricia no tenía respuestas para eso, pero si algo había aprendido de Gustavo era

a no perder la esperanza. Supuso que lo más fácil era pensar en un número de tres cifras, en lugar de en tres números por separado, puesto que eran ocho las figuras que formaban aquel jeroglífico, y ocho no era divisible entre tres. Parecía lo más sensato, y partió de esa hipótesis. Intentó buscar en Internet aquel papiro. Era muy común que los nombres de los papiros incluyeran cifras, ya fuera del año de su descubrimiento, o un simple ordinal que diferenciara a los distintos papiros descubiertos en un mismo lugar o comprados a vendedores furtivos en una misma localidad, o cualquier otro motivo. Pero no fue capaz de encontrarlo; no era una búsqueda fácil sin tener un nombre, tipo o significado por los que buscar. Debía de haber algo en aquella imagen, a la vista de todos, que encerraba el secreto que buscaba. Intentó pensar en el remitente del correo electrónico. Ella acostumbraba a escribir en su Twitter, siendo sus seguidores principalmente arqueólogos e historiadores. Todo apuntaba a que posiblemente sería uno de ellos, pero eso no le conducía a nada, no había información suficiente como para llegar a ninguna conclusión. Pero de repente reparó en un hecho importante que había pasado por alto hasta ese momento. Aquel canalla había entrado en su ordenador, y eso significaba que podría tratarse o bien de un hacker o bien de alguien con los suficientes conocimientos informáticos como para realizar tal asalto a su intimidad. Pero en ese caso, ¿cómo haría un informático para enmascarar un número en una imagen como esa? La respuesta la vio casi de inmediato. *Ya te tengo mamón*, pensó toda excitada, animada por el recuerdo de la bonita historia vivida con Gustavo hacía casi un año. La esencia de la informática, todo en lo que se sustenta, es el código binario, un código numérico formado por unos y ceros, como muy bien le había enseñado Gustavo. *La dualidad divina*, lo llegó a llamar una vez él. Y en esa imagen había al menos una dualidad clarísima: unas figuras miraban a la derecha y otras a la izquierda. Enseguida cogió de nuevo su ordenador portátil y empezó a escribir. Había dos posibilidades, o bien las figuras que miraban a la derecha equivalían a un 1 y las que lo hacían a la izquierda a un 0 ó viceversa. Escribió, por tanto, los dos números binarios posibles de ocho dígitos.

01000111

10111000

El problema residía ahora en cómo convertir esos números al sistema decimal, puesto que ella no tenía ni idea de informática. Buscó en Internet y enseguida encontró una página Web que permitía pasar de un código a otro. Probó con el primer número. Seleccionó la opción de pasar de binario a decimal e introdujo el número 01000111 en la casilla correspondiente. Tras pulsar el botón de *Convertir* enseguida obtuvo el resultado: 71. Era un número de dos dígitos, no le valía. Una sensación de frustración la invadió, pero aún le quedaba la otra posibilidad, el número 10111000, que era el resultado de suponer que las imágenes orientadas a la derecha equivalían a un 1. Introdujo los datos e inmediatamente obtuvo el resultado: 184. Eso sí que le valía. Parecía una locura, pero no perdía nada por probar. *Va por ti mi amor*, se dijo a sí misma. El número resultante era el 691 418 124. Cogió la bolsa de baño que tenía en el suelo, junto a la tumbona, y buscó en ella su teléfono móvil. Marcó el número y aguardó a obtener señal. ¿Habría sido tan fácil? ¿Había dado con el bromista? Y en ese caso, ¿qué le diría si le descolgaba el teléfono? En unos instantes empezaron a sonar los tonos de llamada; primer tono, segundo tono, tercer tono...

—Hola Patricia.

Patricia soltó el teléfono bruscamente, lívida, aterrada, como si acabara de escuchar al mismísimo diablo. Tras unos instantes volvió a coger el teléfono y se lo acercó nuevamente al oído.

—Patricia, no cuelgues —volvió a decir aquella voz tan familiar.

6

1

Jerusalén *Año 1185*

Jerusalén era un hervidero de gente. Desde que los cruzados la tomaran 86 años antes la situación no parecía tan desesperada. Miles de personas, entre ciudadanos, mercaderes, soldados y caballeros templarios entre otros, entraban y salían a diario de la ciudad. Pero lo que realmente preocupaba a todas aquellas gentes era Saladino. Sus ejércitos se abrían paso hacia allí dejando tras de sí un reguero de sangre. Proclamado Sultán de Egipto en 1174, Saladino era un hombre decidido a expulsar a los cruzados de Tierra Santa. La muerte del monarca cristiano Balduino IV, con quien había firmado frágiles y cortas treguas, supuso la subida al poder del general en jefe de los ejércitos cristianos, Guy de Lusignan, que era un hombre belicoso y nada proclive a permitir ningún tipo de concesión a los sarracenos. Confiado en su superioridad armamentística, que no humana, y contando con el apoyo de la facción más radical de la Orden de los templarios, éste emprendió una serie de acciones militares que desembocaron finalmente en una guerra abierta con Saladino. Una guerra que poco a poco se fue decantando del lado sarraceno.

Mientras tanto los caballeros templarios, cuyo origen se remontaba al año 1118, cuando Hugues de Pains y ocho caballeros más se unieron para proteger a los peregrinos de Tierra Santa, fueron poco a poco adquiriendo más y más poder. La bula papal *Omne datum optimum*, promulgada por Inocencio II en 1139, les otorgó numerosos privilegios, entre los cuales destacaba el no tener que responder de sus actos ante nadie salvo el mismo Papa. Y seis años después nuevas bulas del papa Inocencio III les concedieron castillos y oratorios propios. Todo eso hizo que aquellos caballeros templarios adquirieran un poder, tanto dentro como fuera de Tierra Santa, que les convertía

en una pieza clave en el devenir de los acontecimientos. Sin embargo no todos los integrantes de aquella Orden tenían los mismos intereses. El motivo inicial de su creación, la esencia de su existencia que no era otra que la de proteger a los peregrinos que iban y venían de Jerusalén, poco a poco se fue disipando para dar paso a otro tipo de intereses, y muchos de sus integrantes dedicaron sus esfuerzos a otro tipo de menesteres. La codicia y la usura pronto se instauraron entre muchos de esos caballeros, que veían cómo iban perdiendo tierras a medida que Saladino se iba haciendo con ellas por la fuerza. Algunos de ellos partieron de Tierra Santa para centrarse en sus posesiones en Europa y no volver jamás. Pero unos pocos, los menos, seguían acudiendo a Tierra Santa, aunque no todos movidos por los mismos intereses. Ese era el caso de Bernard de Monthard y de sus compañeros de armas, venidos desde Francia tres años antes con una misión muy clara.

—Señor, creo que hemos encontrado uno de ellos.

—¿Sí, donde? —preguntó Bernard.

—En una pared de uno de los túneles del lado oeste.

—Llévame hasta allí ahora mismo.

Bernard era un caballero templario de alto rango que lideraba un grupo de diez hombres. Estacionados en el monte del Templo, al igual que el resto de integrantes de la Orden que vieron cómo por ello se les empezó a conocer por el nombre de *Templarios*, este pequeño grupo de caballeros no era ajeno a las numerosas historias de tesoros ocultos en las entrañas de aquel pequeño cerro. Sin embargo, y a diferencia de los demás, ellos disponían de una información que nadie más conocía, y que habían conseguido unos años atrás como pago de una deuda en el sur de Francia. Parecía algo increíble, pero no perdían nada por probar y partieron enseguida hacia Tierra Santa. Ahora, después de tres años de búsqueda, por fin parecía que iban a tener su premio. Los dos hombres bajaron varios tramos de escaleras hasta llegar a un pasadizo oscuro y cálido que se adentraba en la tierra. Estaba parcialmente derrumbado, pero se podía pasar no sin cierta dificultad.

—Es allí señor —dijo aquel hombre señalando una pequeña cámara iluminada por cuatro antorchas, cuya luz parpadeaba débilmente a unos pocos metros por delante de ellos.

Bernard se adelantó para entrar primero en aquella cámara, espoleado por la excitación del momento. Allí se encontró con otros dos caballeros, que ya estaban examinando el reciente descubrimiento.

—¡Bernard!, mira lo que hemos encontrado. Creo que es uno de ellos —dijo uno de los otros dos hombres que se encontraban allí, mientras le pasaba un rollo de pergamino.

—¿Esto debe ser hebreo no?

—Así es. Estoy convencido de que es uno de los dos, mira la caligrafía y esos dibujos. Tiene que serlo, Bernard. ¡La información era cierta!

—Bien. Tú —dijo Bernard al hombre que lo había guiado hasta allí—, avisa al *ilustrado*. Que baje inmediatamente.

Tuvieron que esperar un rato hasta que finalmente llegó el caballero al que llamaban *ilustrado*, que dominaba el francés, latín, griego y, por supuesto, el hebreo antiguo. Tomó aquel pergamino y lo examinó con detenimiento, ante la atenta mirada y expectación del resto de hombres que se encontraban allí junto a él. Finalmente levantó la vista y se dirigió a Bernard.

—Lo tenemos, es uno de los dos.

—¿Estás seguro? —preguntó Bernard.

—No hay duda señor, es el *código secreto de Dios*.